



Azulejos  
Niños

# El conde de Montecristo

Una versión para chicos de la novela  
de Alejandro Dumas

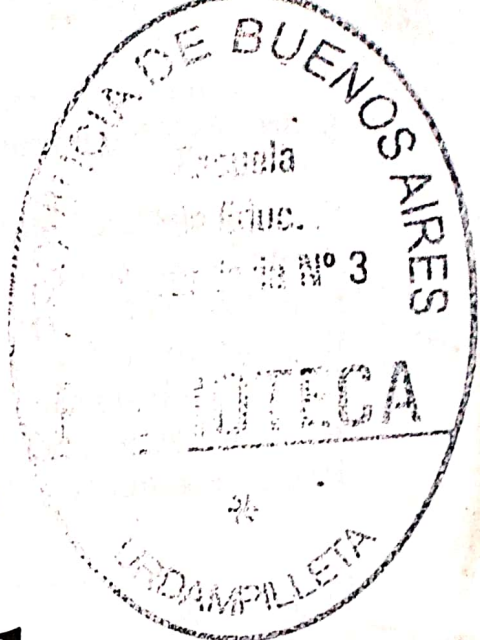


Desde 1869

**Estrada**  
apoyando la educación

  
**Azulejos**  
Niños

82-31  
DUM  
2160



# El conde de Montecristo

Una versión para chicos de la novela de  
Alejandro Dumas

VERSIÓN DE NICOLÁS SCHUFF

ILUSTRACIONES DE MARTÍN GOURIC



Desde 1869  
**Estrada**  
apoyando la educación

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A. bajo la coordinación general de Pedro Saccaggio.

Director de colección: Alejandro Palermo.

Actividades: Cristina Beatriz López y Cristian Mitelman.

Corrección: Mariano Sanz.

Realización gráfica: Ediciones Pluma Alta.

Documentación gráfica: María Alejandra Rossi.

Jefe del Departamento de Diseño: Rodrigo R. Carreras.

Jefe de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

Dumas, Alejandro

El conde de Montecristo. Una versión para chicos de la novela de Alejandro Dumas / Alejandro Dumas; adaptado por Nicolás Schuff; dirigido por Alejandro Palermo. - 1ª ed. - Buenos Aires: Estrada, 2007. 112 p., 19 x 14 cm - (Azulejos Niños; 34)

ISBN 978-950-01-1118-8

1. Material Auxiliar para la Enseñanza. 2. Apreciación Literaria. 3. Enseñanza Primaria. I. Schuff, Nicolás, adapt. II. Palermo, Alejandro, dir. III. Título  
CDD 372.64



**Colección Azulejos - Niños 34**

© Editorial Estrada S. A., 2007.

Bolívar 462, Buenos Aires, Argentina.

Internet: [www.estrada.com.ar](http://www.estrada.com.ar)

E-mail: [azulejos@estrada.com.ar](mailto:azulejos@estrada.com.ar)

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

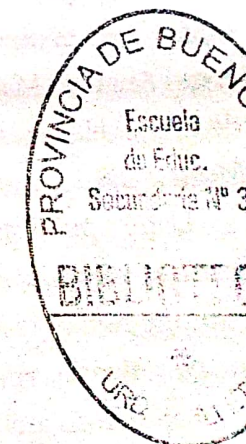
Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1118-8

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Índice

Biografía de Alejandro Dumas .....	4
Una novela de aventuras .....	5
El autor de esta versión .....	6
El conde de Montecristo .....	7
<b>Actividades</b>	
Para comprender la lectura .....	108
Para escribir .....	110
Para integrar .....	111



# 1

El 24 de febrero de 1815 amaneció frío en Marsella<sup>1</sup>. Aun así, el puerto se llenó de curiosos. Después de muchos meses, el buque mercante *Faraón* volvía a casa.

El capitán del barco había muerto durante el viaje. Al mando quedó un joven de dieciocho años, llamado Edmundo Dantès.

Dantès era flaco, alto y tenía el pelo negro como la noche. Al sonreír, su cara se iluminaba. Era una persona fuerte y bondadosa. No sabía leer ni escribir. Pero sabía orientarse en el océano, mantener un barco a flote y hacerlo llegar a destino. Todos lo apreciaban. O casi todos...

Mientras el *Faraón* se acercaba al puerto, Dantès se apoyó en la baranda y miró la ciudad.

<sup>1</sup> Importante ciudad portuaria del sur de Francia, ubicada sobre el mar Mediterráneo.

Estaba ansioso por abrazar de nuevo a su padre, y también a Mercedes, su futura esposa.

Perdido en esos pensamientos, no percibía la mirada torva<sup>2</sup> de otro marino, llamado Danglars. Danglars tenía un diente de plata y hablaba escupiendo las palabras.

Dantès y Danglars habían tenido una breve discusión a bordo. Nada importante. Dantès ya la había olvidado. Pero Danglars no. Envidiaba a los que poseían un puesto superior al suyo y despreciaba a los que estaban por debajo.

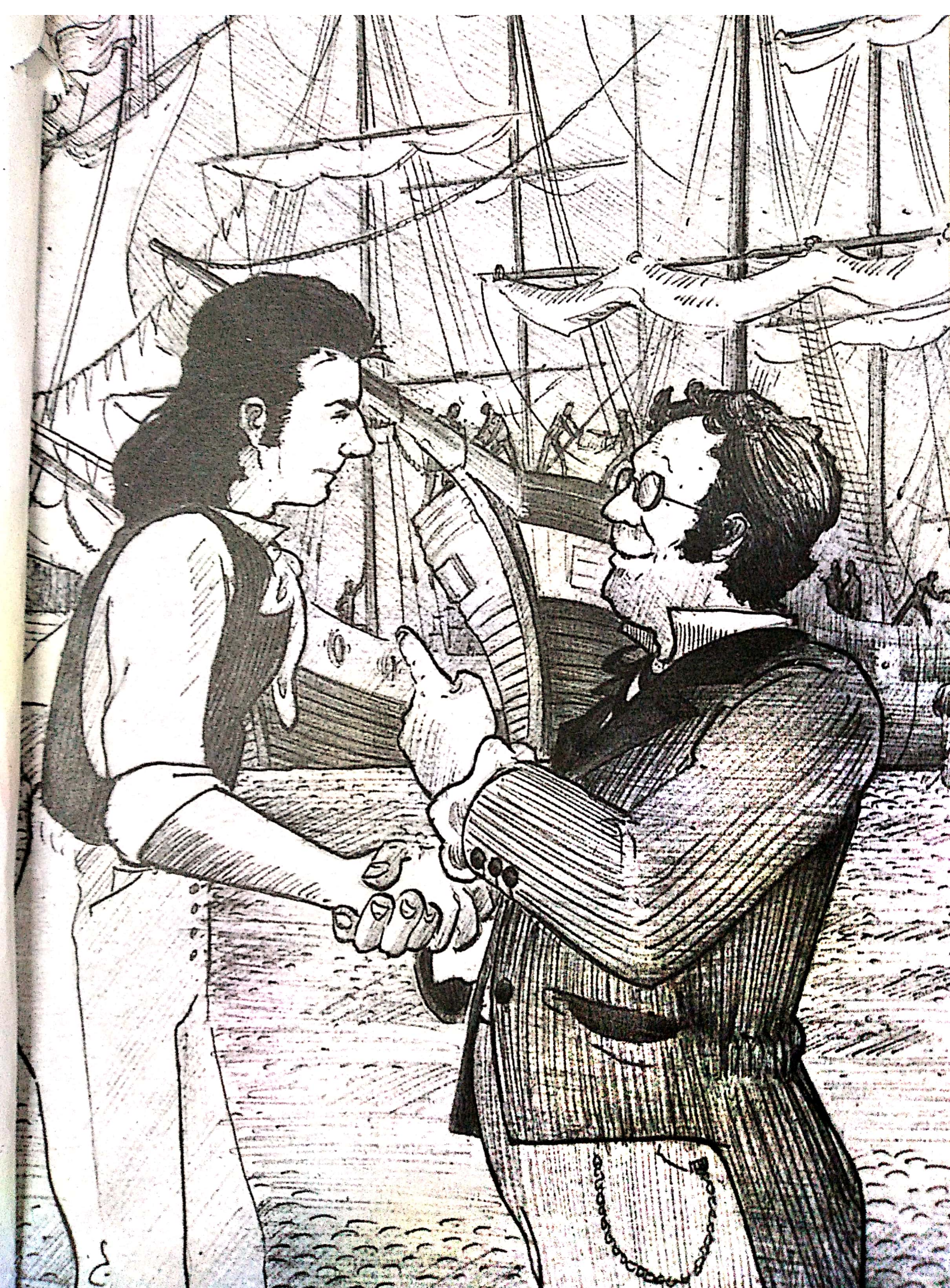
Cuando el buque tocó tierra, Dantès saltó al muelle, seguido por Danglars. Allí los esperaba un hombre con anteojos, barrigón y simpático. Era el señor Morrel, dueño del *Faraón*. Se dieron la mano.

— ¡Bienvenidos! — saludó Morrel —. Lamento mucho la muerte del capitán. Pero te las arreglaste muy bien, Edmundo. Te felicito.

— Gracias, señor — sonrió el joven —. Solamente hice lo que debía.

— ¿Por qué no vienes más tarde a mi oficina? Me parece que ya tengo nuevo capitán para el *Faraón*...

<sup>2</sup> Fiera, enojada, terrible de ver.



—Sería un honor, señor, y una gran responsabilidad — dijo Dantès.

—Señor Morrel — intervino Danglars —, ¿no le parece que Dantès todavía es muy joven para un puesto así?

—¿Qué tiene que ver la edad? Este joven trajo mi barco sano y salvo, y eso es lo que importa.

Danglars apretó los dientes. Y Dantès estrechó de nuevo la mano de Morrel.

—¡Muchas gracias, señor!

Luego el muchacho se alejó corriendo, feliz, hacia la casa de su padre. Iban a ascenderlo. Dejaría de ser pobre. Y, además, iba a casarse con la mujer más hermosa de Marsella.

## 2

El padre de Dantès vivía en una casa pequeña, bastante derruida. Era un hombre anciano y enfermo. Sus ahorros se habían terminado días atrás. Solo le quedaban unos trozos de pan seco, un poco de té y media botella de licor.

Cuando Edmundo entró, su padre estaba sentado en la cocina.

Se abrazaron.

— Vas a disculparme, hijo — dijo el viejo —, pero no tengo ni un poco de vino para celebrar...

— Por lo que veo, tampoco tienes lo mínimo para alimentarte.

Entonces, Dantès sacó la paga de su viaje y la puso sobre la mesa.

— Mandemos comprar comida y bebida, papá — dijo.

— Pero, Edmundo... — protestó el padre.

— Nada de "peros". Hay que festejar. Este di-

nero es todo para ti; yo tendré suficiente en el futuro. ¡Van a nombrarme capitán!

— ¡Capitán!

El anciano besó a su hijo, orgulloso. Después compraron vino, queso y aceitunas, y se sentaron a charlar. Y Dantès le relató a su padre todas las cosas que había visto durante el viaje.

•••

Fernando y Mercedes se conocían desde chicos. Para ella, él era como un hermano. Pero Fernando estaba enamorado de Mercedes. Las últimas semanas había ido todas las tardes a casa de ella para pedir su mano. Mercedes no solo era hermosa. Una vez que uno la veía, sentía para siempre el deseo de volver a verla.

— ¿Cuánto tiempo más tendré que decirte que no, Fernando Mondego? — preguntó ella una tarde, algo molesta, poniéndose de pie. Estaban en el jardín de su casa.

Fernando le había llevado una rosa. Cada vez que la veía, le regalaba una flor. Mercedes, ahora, arrancaba delicadamente los pétalos, y los dejaba caer al suelo.

— Toda la vida — dijo Fernando —. No me voy a dar por vencido. Te amo.

— ¿No podemos seguir siendo amigos, como siempre?

— ¡No, no y no!

— Fernando, yo amo a Edmundo Dantès y me casaré con él.

Fernando no toleraba escuchar eso. Su expresión se arrugó como si le hubieran echado vinagre en los oídos. Y el vinagre llegó rápidamente a su corazón.

— ¿Cómo sabes que el hombre que esperas te es fiel? — preguntó.

Mercedes levantó la vista de la rosa. Sus grandes ojos morenos, brillantes, se clavaron en los ojos de Fernando.

— Lo que dices es horrible — dijo ella —. Y, además, es terriblemente tonto. Lo único que logras es herirme.

De pronto, llegó desde afuera la voz inconfundible de Dantès.

— ¡Mercedes!

Ella dejó caer la flor. Su malhumor se borró de golpe. Corrió hacia la puerta de calle. Mercedes y Dantès se abrazaron. Y el mundo, para

ellos, desapareció. Cuando Dantès notó la presencia de Fernando, le tendió la mano.

—¡Hola! —dijo—. No te había visto...

Fernando no devolvió el saludo. Salió de la casa apretando el cuchillo que llevaba en la cintura. Se notaba que no le faltaban ganas de usarlo.

### 3

Fernando iba por la calle, murmurando insultos. "Si lo mato, ella se mataría después. No serviría de nada", pensaba.

Cerca de la taberna, lo detuvo un grito:

—¡Eh, muchacho! ¿Ya no saludas a tus conocidos?

Era Danglars, que bebía en una de las mesas. Corrió una silla y lo invitó.

—¡Debes estar enamorado! —dijo.

Fernando se sentó.

—Claro que lo estoy —admitió—. Pero ella solo piensa en ese imbécil de Dantès.

—¿Dantès? ¿Edmundo? —preguntó Danglars, súbitamente interesado.

—Sí, Edmundo Dantès.

—Sé que van a ascenderlo a capitán. Yo me olvidaría de esa mujer... —comentó Danglars, y soltó una risotada.

— ¡Imposible! ¡Es ella o ninguna! — gritó Fernando. Su rabia era tan grande que lanzó al suelo la copa, que estalló en mil pedazos.

Danglars lo miró en silencio. La furia de aquel joven podía resultar muy útil. No convenía desaprovecharla. Apoyó una mano sobre su hombro y le dijo:

— Tienes razón, Fernando. No hay que resignarse. La suerte puede cambiar, lo mismo que el viento.

Vino el mesero, trajo otra copa y volvió a llenarla.

— No creo — murmuró Fernando —. Solo la muerte va a separarlos...

— En el amor, a veces la ausencia puede ser peor que la muerte... Una denuncia que lleve a Dantès a la cárcel, por ejemplo...

Fernando miró a Danglars sin entender.

— Cuando el capitán del *Faraón* enfermó — continuó Danglars —, tuvimos que detenernos en la isla de Elba. Ya sabes quién está ahí. Y *ese* que está ahí le entregó una carta a Dantès.

— Si eso llegara a descubrirse, lo acusarían de traidor a la patria.

— Por supuesto. Y es tal como te dije: Napo-

león<sup>3</sup> le dio una carta a Dantès. Lo vi con mis propios ojos. Pero ellos no me vieron a mí.

Danglars sacó lápiz y papel de su bolso, y se puso a escribir con la mano izquierda. La letra que le salía parecía de otra persona.

— Una denuncia anónima — explicó — podría poner a Dantès en problemas...

Cuando terminó de escribir, metió el papel en un sobre dirigido al procurador de Marsella, el señor Villefort. Pero luego de unos instantes, dijo:

— ¿Qué estoy haciendo? ¡Estoy borracho! Esto puede ser un arma más terrible que una espada o una pistola. Yo no odio a Dantès.

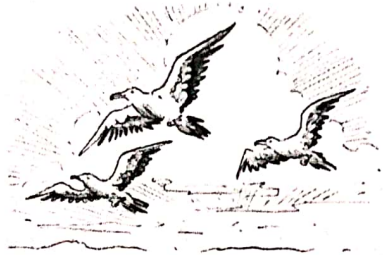
Arrugó el sobre y lo arrojó bajo la mesa. Luego terminó su copa y se despidió:

— Hasta pronto, Fernando. ¡Mucha suerte!

Apenas se alejó unos metros, vio que Fernando se agachaba, recogía el sobre y se lo guardaba en un bolsillo.

<sup>3</sup> Emperador de Francia, entre 1804 y 1814. Sometió a casi toda Europa con sus ejércitos. En 1814, al caer su imperio, fue desterrado a la isla de Elba, al oeste de Italia. Entonces subió al trono Luis XVIII, y los seguidores de Napoleón empezaron a ser perseguidos como enemigos del rey. Esa es la situación que se vive en Francia en 1815, año en que se ubica el comienzo de la novela.

Danglars sonrió. Y en su diente de plata se reflejaron los últimos rayos del sol de la tarde.



## 4

El día de la boda, el tiempo estuvo espléndido. Edmundo había alquilado un salón pequeño, humilde y alegre, con un jardín. Había dos mesas repletas de comida y bebida.

Mercedes, más linda que nunca, llegó vestida de blanco. Ya estaban allí los amigos de Dantès, su padre, sus compañeros del barco y el señor Morrel.

Danglars había sido invitado, pero no acudió. Fernando sí había ido. Era el único que no se veía feliz. Sentado en un rincón, solitario y sombrío, miraba cada tanto hacia la puerta. ¿Esperaba a alguien o no se decidía a irse?

Los mozos descorcharon el vino y sirvieron la comida. Enseguida comenzó a sonar la música.

— ¡Qué alegría, hijo! — se emocionó el señor Dantès —. ¿Por qué no dices algunas palabras?

22 Alejandro  
—Me siento demasiado feliz para hablar, papá...

—Vamos —lo animó el señor Morrel, mientras golpeaba la copa con una cucharita para atraer la atención de los invitados—. ¡Silencio por favor, señoras y señores! ¡Edmundo va a hablar!

Dantès meditó unos instantes. Luego levantó la copa.

—Simplemente, quiero agradecerles a todos por haber venido —dijo—. Como ya saben, Mercedes y yo vamos a unir nuestras vidas... ¡para siempre!

Estallaron los aplausos. Edmundo abrazó a Mercedes y se besaron.

En ese momento, se escuchó un confuso ruido de botas.

—¡En nombre de la ley! —gritó una voz, e impuso un silencio helado. Un comisario, seguido por cuatro soldados, se abrió paso entre los asistentes a la boda.

—¿Quién de ustedes se llama Edmundo Dantès? —preguntó el comisario.

Dantès soltó la mano de Mercedes y dio un paso al frente.

— Soy yo, señor. ¿Quién me busca?

— En nombre de la ley, señor Dantès, queda usted arrestado.

## 5

El procurador<sup>4</sup> de Marsella se llamaba Gerardo de Villefort. Su tarea principal era vigilar las actividades contra el rey de Francia.

Villefort tenía ojos azules y una novia rubia con voz finita.

Esa tarde, Villefort estaba con su novia y sus amigos, cuando se acercó un sirviente y le anunció algo en voz baja. Villefort se levantó.

— Lamento dejarlos — explicó —. Al parecer, se descubrió un complot bonapartista.

“Mi padre estaría contento”, pensó amargamente Villefort, camino a su oficina. En efecto, el padre de Villefort tenía opiniones políticas contrarias a las de su hijo: era simpatizante de Napoleón. Villefort temía que alguien se enterara, porque este dato podía costarle su puesto y su

<sup>4</sup> Autoridad municipal que se encargaba de vigilar el cumplimiento de las órdenes del rey.

futuro. Por eso no se trataba con su padre. Peor aún: lo odiaba.

En la puerta del despacho lo esperaba el comisario.

— De la conspiración no sabemos nada, señor Villefort — dijo el comisario —. El detenido es un tal Edmundo Dantès, segundo oficial del *Faraón*, un bergantín<sup>5</sup> de la casa Morrel.

— Bien, tráiganlo — ordenó Villefort.

Un minuto después hicieron pasar a Dantès. Se lo veía sorprendido y asustado a la vez. Villefort notó enseguida que Dantès era un joven inteligente, honrado, y quizá también un poco ingenuo.

El funcionario le habló con amabilidad:

— Siéntese, por favor. ¿Quiere decirme qué hacía en el momento en que lo detuvieron?

— Estaba en mi banquete de bodas, señor.

— ¡Banquete de bodas!

— Sí, señor. Voy a casarme con la mujer que amo.

— Ajá... Dicen que usted tiene opiniones políticas extremas...

<sup>5</sup> Un tipo de barco.

— Señor, todas mis opiniones se resumen en tres sentimientos: el cariño por mi padre, el respeto al señor Morrel y el amor por Mercedes.

— ¿Tiene enemigos, Dantès?

— Tengo diez o doce marinos a cargo, y todos me aprecian y respetan.

— Está por ser capitán, y además se casará con una mujer muy hermosa. Eso puede despertar envidia...

Villefort leyó en voz alta la denuncia anónima que había recibido:

*Señor procurador:*

*Por medio de la presente, notifico que Edmundo Dantès ha recibido una carta de Napoleón, para entregar a la junta bonapartista de París.*

— La carta es anónima. ¿Qué hay de cierto en esta acusación, Dantès?

— Señor, le diré todo lo que sé. Antes de morir, el capitán del *Faraón* me encargó desembarcar en la isla de Elba. Me ordenó dejar una carta y recibir otra, para entregar en París. Yo le juré que cumpliría con sus deseos. Eso es todo.

— Los deseos de un moribundo son sagrados — observó Villefort.

— Y, entre los marinos, son órdenes, señor.

— Sí. Si de algo es usted culpable, Dantès, es de imprudencia... Veamos entonces la carta que le entregaron en Elba... ¿Para quién es?

Edmundo sacó la carta y se la tendió a Villefort.

— Es para un tal Noirtier.

Villefort empalideció de terror.

— ¿Noirtier? — murmuró.

— Sí, señor. ¿Lo conoce?

Villefort no contestó. Abrió la carta en silencio, cada vez más pálido. Claro que conocía al señor Noirtier. Era su propio padre. Su padre, partidario de Napoleón. ¡Conspirando contra la Corona! Sí: odiaba a su padre. Si alguien se enteraba de esa carta, estaría perdido. Perdida su carrera, su fortuna.

— ¿Alguien conoce el contenido de esta carta, Dantès?

— No, señor.

— ¿Está seguro?

— Lo juro por mi honor, señor.

Villefort miró a Dantès, intentando penetrar

en los secretos de su corazón. Si conocía el contenido de la carta y sabía que Noirtier era su padre, ese joven podría arruinarlo para siempre. No debía correr riesgos. Enseguida tomó una terrible decisión.

— Esta carta complica mucho su situación, señor Dantès — dijo, simulando tranquilidad —. Tendré que hablar con el juez antes de liberarlo. Deberá esperar detenido unas horas.

— ¿Unas horas? — preguntó Dantès con angustia. No podía dejar de pensar en Mercedes.

Villefort se paró y arrojó la carta al fuego.

— Esa era la principal prueba contra usted — dijo —. Ahora que la destruí, espero que confíe en mí.

— Señor, mi familia y mis amigos me esperan... — dijo Dantès, nervioso.

— En poco tiempo, todo el asunto estará aclarado, Dantès. Le pido nada más que tenga un poco de paciencia.

Y, luego de decir esto, Villefort salió de la habitación. Dos guardias condujeron a Dantès, por un pasillo oscuro, hasta una celda. Una hora más tarde, los mismos guardias volvieron por Dantès y lo llevaron afuera. Ya había oscu-

recido. En la calle los esperaba un coche con las ventanillas enrejadas. Los caballos bufaban<sup>6</sup>, inquietos. La vereda se hallaba desierta.

— ¿Dónde está el señor Villefort? — preguntó Dantès — . ¿Adónde vamos?

Los guardias no respondieron. Subieron a Dantès al coche, y este arrancó en dirección al muelle. Los cascos de los caballos resonaban sobre el empedrado. Llegaron al puerto, bajaron a Dantès del coche y lo hicieron subir a un bote, donde esperaban dos guardias más. El bote partió en silencio, en medio de la noche, bajo la luz de la luna.

Dantès pensó en Mercedes, en su padre, en la boda.

— ¿Adónde me llevan? — volvió a preguntar.

— Siendo marino y marsellés, ya deberías saberlo — dijo un guardia — . Mira a tu alrededor.

A pesar de que era plena noche, la luna le permitió distinguir a Dantès los contornos de una roca gigante. Allí se alzaba el sombrío e imponente castillo de If. Una cárcel temible, donde iban a parar los presos políticos.

Dantès gritó, quiso pararse y lanzarse al agua, pero lo obligaron a sentarse de nuevo con la punta de un fusil.

Al llegar, amarraron el bote. Dantès fue conducido por pasillos fríos, sin luz, llenos de ratas e insectos. Lo encerraron en una celda muy pequeña, de paredes de piedra húmeda. En lo alto de una de esas paredes había un diminuto tragaluz<sup>7</sup> enrejado.

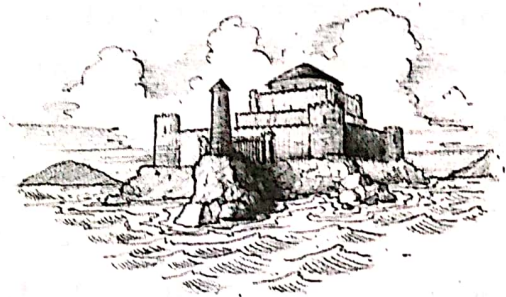
Al rato le alcanzaron un plato de comida y lo dejaron solo. Pasaron horas. Gritó e insistió en hablar con alguien; pero nadie le prestó atención. Cuando entró un carcelero a llevarse el plato, Dantès le preguntó qué ocurría. El guardia lo empujó sin contestarle, y Dantès le dio un golpe.

Entonces vinieron otros guardias, lo ataron, le quitaron la camisa y le dieron cincuenta latigazos. Luego lo enviaron a un lugar de castigo. Era una celda subterránea, aun más pequeña, más oscura y más fría que la anterior. Pasaron varios días. Dantès gritó y lloró durante muchas horas.

<sup>7</sup> Ventana pequeña que se abre en el techo o en la parte alta de una pared.

<sup>6</sup> Resoplaban con furia.

Después se le acabaron las fuerzas. Y la oscuridad empezó a penetrar en su corazón.



## 6

Villemont quería deshacerse de su padre, que estorbaba su carrera política.

Fernando Mondego quería deshacerse de Dantès, que le impedía estar con Mercedes. Por eso había entregado la denuncia.

Ambos se reunieron una tarde y sellaron un pacto para ayudarse mutuamente.

Villemont diría que Dantès había sido fusilado en la cárcel, por traición a la patria. De ese modo, con el tiempo, Mercedes dejaría de pensar en él. De todas maneras, Dantès ya no volvería de la cárcel de If y no se sabría más de él.

A cambio, Fernando asesinaría al señor Noirtier, ese viejo que representaba un peligro para la carrera de Villemont — y al que Villemont no se atrevía a matar con sus propias manos...

Así se hizo.

El señor Noirtier fue asesinado una noche,

de dos disparos, en la calle. Nunca encontraron al culpable.

Por su parte, el señor Villefort dio a conocer la noticia de que Dantès sería fusilado.

Mercedes, al enterarse, imaginó que se trataba de una broma. Se negaba a creerlo. Pero, a medida que pasaban los días, la ausencia de Edmundo la llenó de desesperación. Al final, se encerró en su cuarto y dejó de hablar. Lloraba de día y de noche. Fernando iba a hacerle compañía, y seguía llevándole rosas.

El padre de Dantès enfermó de dolor y tristeza. Hablaba solo y mantenía diálogos imaginarios con su hijo. Su salud se deterioró rápidamente. Pronto murió, sin haber podido despedirse de Edmundo.

Danglars, por su parte, continuaba su vida sin ningún remordimiento.

Transcurrieron las semanas. Pasaron los meses. Se cumplió un año. Y, luego, otro.

Dantès, encerrado en If, no podía enterarse de lo que estaba ocurriendo.

...

A medida que pasaban los años, a Dantès le fue creciendo una barba enmarañada, le salieron callos en la piel y se le formó un desierto en el alma. Ya no esperaba nada. Permanecía tirado sobre el piso de la celda, mirando el techo, completamente vacío de pensamientos y de sentimientos. Últimamente, había decidido dejarse morir de hambre. ¿Para qué respirar, si había perdido todo lo que formaba parte de su vida? Desde que abría los ojos al despertar hasta que se volvía a dormir, lo único que tenía para ver era una pared de piedra. El único lugar que podía visitar era el hueco infecto donde hacía sus necesidades. La única persona con la que le permitían hablar era él mismo... No. No tenía sentido.

Dejó de comer los alimentos que le pasaban en un hueco de la celda. Ya había adelgazado muchos kilos y su aspecto daba lástima.

Así estaba cuando, una noche, escuchó un ruido extraño. No era el ruido que hacían las ratas y las cucarachas que deambulaban siempre por allí. Tampoco eran las voces de los presos que se habían vuelto locos y gritaban, gemían o hablaban solos. Era un ruido sordo, producido por algo que chocaba contra una piedra.

El ruido siguió escuchándose durante un largo rato: siempre igual, pero cada vez más nítido y cercano. Dantès se acurrucó contra una pared. ¿Sería una alucinación de su mente, producida por el hambre, la oscuridad y el encierro? Sintió miedo. El ruido estaba justo debajo del piso de su celda.

Entonces vio que una piedra del suelo se movía. La piedra tembló, se desencajó y se elevó. Por el hueco asomó un bulto cubierto de pelos y de tierra. Cuando el polvo se disipó, Dantès notó que el bulto tenía dos ojos, una nariz y una boca. Solo entonces comprendió que no se trataba de un truco de su imaginación. Allí había un ser humano. Otro preso.

## 7

El hombre salió del hueco con la ayuda de Dantès. Estaba vestido con harapos. Tenía una barba larga y canosa, y la cara estaba surcada por profundas arrugas.

— Bonito dormitorio — fue lo primero que dijo el hombre.

Dantès no sabía si le hablaba en serio o si le estaba haciendo una broma. El extraño parecía de más de sesenta años, pero se lo veía muy fuerte. Su mirada era vital, inteligente y cordial.

— Me llamo Faria — dijo el viejo, y le extendió la mano.

— Edmundo Dantès.

— Buscaba la muralla que da al exterior, para arrojarme al mar. Hace cinco años que estoy cavando... ¡Y me equivoqué de dirección! — Faria soltó una seca carcajada.

A Dantès le impresionó que el viejo tuviera más energías y esperanzas que él mismo.

— ¿Tienes herramientas? — preguntó Faria.

— No, ¿y tú?

— Algunas. Vamos, te las mostraré.

Faria y Dantès se metieron en el túnel y se arrastraron hasta la celda del viejo. Faria le entregó a Dantès una especie de lima, muy afilada, que había hecho con un soporte de la cama.

— ¿Desde cuándo estás aquí? — preguntó Dantès.

— Hace diez años. Soy abad<sup>8</sup>. Y tú ¿por qué estás aquí?

— Me acusaron de bonapartista, sin serlo. Mi capitán, al morir, me encargó recoger una carta en Elba y entregarla en París. Y alguien me denunció.

A Dantès, su propia voz le sonaba extraña. Hacía mucho tiempo que no se escuchaba hablar.

— El que te denunció sabía de la carta, claro... — dijo Faria.

Dantès se quedó en silencio, recordando.

— Iban a nombrarme capitán — suspiró con tristeza —. Y, además, iba a casarme...

— Tal vez fue alguien que quería ocupar tu lugar en el barco. O que no quería que te casaras. O las dos cosas. Alguien que pudo sacar provecho con tu desaparición...

— Mis marineros me querían. Tuve una pelea con uno de ellos, una vez. Un tal Danglars. Pero fue una discusión por nada...

— ¿Él estaba presente cuando recogiste la carta en Elba?

— No. Era de noche. Pero ahora que recuerdo, cuando volví a mi camarote, él estaba despierto. Puede ser que me haya visto...

— ¿Y había alguien interesado en que no te casaras?

— Un amigo de Mercedes, Fernando Mondego. Pero él no sabía nada de la carta.

— ¿Nunca viste juntos a Mondego y a Danglars?

Dantès hizo memoria.

— Ahora que lo dice... El día que volví a Marsella, cuando salí con Mercedes de su casa, vi que Danglars se levantaba de la mesa de una taberna. Y ahí estaba sentado Fernando...

— Entonces fue así — afirmó Faria, mientras sacaba otras herramientas de un rincón.

<sup>8</sup> Sacerdote.

— ¿Así? ¿Cómo?

— Uno la escribió, y el otro la envió — murmuró el viejo.

Dantès sintió que una ola de frío y de calor le recorría la espalda.

De pronto, el abad dejó caer la herramienta que tenía en la mano. Su rostro se contrajo y comenzó a sudar.

— ¿Qué le pasa? — se alarmó Edmundo.

— Es un ataque — dijo Faria, con un hilo de voz —. El remedio... está escondido en la pata de la cama...

Era un frasquito que contenía un líquido rojizo. Antes de que Dantès pudiera alcanzárselo, el viejo tuvo otro ataque. Se le hincharon los ojos y su cuerpo entero se puso a temblar. Después se quedó quieto y frío. Dantès le hizo tragar el líquido y lo acostó. Faria permaneció dos horas inmóvil. Al final, recuperó el aliento.

En ese momento se escucharon pasos afuera. Era el carcelero. Dantès se arrojó al túnel, colocó la baldosa sobre su cabeza y se arrastró hasta su calabozo. Llegó un segundo antes de que el carcelero entrara a dejar el plato con la comida.

## 8

A partir de ese día, Dantès volvió a comer. Poco a poco, recuperó peso. Además, comenzó a ejercitar sus músculos.

Había jurado vengarse de Danglars y de Fernando Mondego. En una pared de su celda, con una piedra, talló esta frase:

*DIOS, NO ME DEJES OLVIDAR.*

Todos los días se reunía con el abad Faria, quien no se había desanimado después de fracasar en su primer intento de huida. Al contrario: trazó un nuevo plan de trabajo. Él y Dantès excavarían juntos, para escapar.

— En cinco años, el túnel estará listo — se entusiasmó el abad.

— ¡Cinco años!

— ¿Te parece mucho? Si excavaras tú solo, tardarías diez.

Además de las herramientas, el viejo tenía velas, fósforos, hilo y aguja.

Trabajaban a toda hora. Era una labor dura, paciente y cautelosa<sup>9</sup>. Habían desarrollado mucho el oído y podían detectar a la distancia los pasos de los carceleros. Además, conocían sus horarios a la perfección.

Al final del día, cada uno arrojaba por la ventanita de su celda la tierra que había sacado, desmenuzando los terrones con los dedos para que el viento se llevara el polvo.

Faria era un hombre sabio, y también divertido. Conocía mil historias. Había pasado gran parte de su vida leyendo y estudiando.

En los ratos de descanso, el abad instruía a Dantès. Le enseñó a leer y a escribir, a la luz de una velita, con los elementos más rudimentarios. Luego lo educó en distintas materias: historia, geografía, química, física, economía, matemáticas. También lo entrenó en el arte de la esgrima y en el manejo del cuchillo. Luchaban en el calabozo, de noche, casi a oscuras, con espadas imaginarias.

Dantès era un excelente alumno. Absorbía todo a gran velocidad, y contaba con una memoria prodigiosa. Al cabo de pocos años, había aprendido a hablar en cuatro idiomas y era un experto espadachín. A pesar de la situación en la que se encontraba, había adquirido la elegancia y el porte de un señor de la nobleza. El joven Dantès ya no existía. El abad Faria y los trece años que llevaba en la prisión lo habían transformado en otra persona.

...

Pasó todavía un año más. El túnel estaba casi completo. Sintióse cerca de la libertad, Dantès repasó los hechos que lo habían llevado a ese infierno.

— Lo que aún no comprendo — dijo — es por qué solamente me interrogaron una vez, y me mandaron a la prisión tan rápido.

— ¿Quién te tomó la declaración? — preguntó Faria.

— El procurador de Marsella. Incluso parecía preocupado por mí. Hasta quemó la carta, que era la única prueba que me comprometía...

Estaba dirigida a un tal Noirtier, en París. Todavía me acuerdo...

— Noirtier... Yo conocí a un Noirtier. Un bonapartista. ¿Cómo se llamaba el procurador de Marsella?

— Gerardo de Villefort — respondió Dantès. El viejo miró a su compañero y sonrió amargamente.

— Querido muchacho — le dijo —, Villefort es hijo de Noirtier. Si tu carta se descubría, Villefort estaba arruinado...

Dantès se quedó mudo. Un rayo de dolor y de furia le nubló la vista.

— Lo lamento — dijo el abad—. No quería perturbarte.

— No es nada.

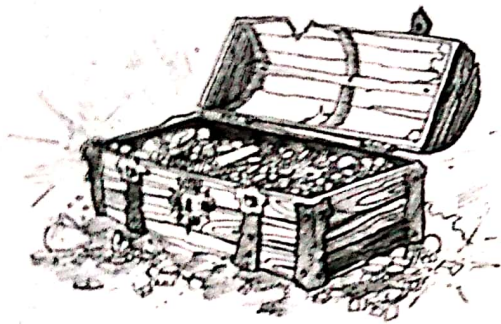
— Claro que sí — dijo el viejo, apoyándole una mano en el hombro—. He visto crecer en ti un sentimiento que no conocías, Dantès: la venganza. En compensación, quiero mostrarte algo.

El viejo buscó entre sus cosas y sacó un librito de tapas duras, con hojas de borde dorado, muy antiguo.

— ¿Qué es? — preguntó Dantès.



— Este es mi tesoro. Uno de los tesoros más grandes y codiciados de Europa. Desde hoy, la mitad de este tesoro es tuya.



## 9

Dantès abrió el librito y lo hojeó. Lo único que encontró fueron oraciones religiosas que hablaban de los ángeles, del Cielo, de Dios. También había ilustraciones. Dantès sospechó que el abad se había vuelto loco. A pesar de todo, no podía resultarle extraño: ya era viejo, y había pasado tantos años encerrado en ese sitio in-mundo...

— Hace tiempo — contó Faria —, trabajé como secretario para los Spada, una de las familias más antiguas y ricas de Italia. Pero no dejaron descendientes y la familia se extinguió. Yo estaba ahí cuando el último de los Spada murió. Lo acompañé hasta el final, junto a la cama. Él me apreciaba mucho, y me legó este libro al morir, poco antes de que me encarcelaran. El libro había pasado de padres a hijos, de generación en generación. Una noche me quedé dormido

leyendo junto a la chimenea y el libro se me deslizó de las manos. Por suerte me desperté justo para salvarlo de las llamas. Cuando lo recogí, vi que, debajo de ciertas letras, como por arte de magia, se formaban puntos. Es una tinta misteriosa, que aparece solo con el calor. Cada una de las letras con puntito, unidas, formaban una oración...

Dantès seguía dudando de la cordura del abad. Este tomó un fósforo de su escondite, lo frotó contra el suelo y lo encendió. Luego lo acercó al libro. Mágicamente, los puntitos fueron apareciendo.

— Lee — ordenó Faria —. Nada más que las letras marcadas.

Dantès obedeció:

— DEB... AJOD... ELAVI... GÉSIMA... ROC... AC...  
ONTAN... DODES... DELA... COSTAESTE... ENLÍN...  
EA... REC... TAH... AYDOSA... BERTURAS...

Eran las instrucciones precisas para hallar un tesoro escondido.

— ¿Ahora me crees? — preguntó el viejo.

Dantès no dudaba de lo que veía. Pero una cosa era el texto mágico... y otra, muy distinta, que realmente existiera el tesoro. Y aunque exis-

tiera, quizás alguien ya se había ocupado de desenterrarlo.

Faria le hizo repetir el texto entero, hasta que Dantès pudo decirlo de memoria.

— Muy bien. El tesoro está en la isla de Montecristo. ¿La conoces?

Dantès asintió con la cabeza.

— Si escapamos — reiteró Faria —, la mitad es tuya.

— No — dijo Dantès —. Eso es todo suyo, abad. Usted ya me dio el tesoro que necesito: la fortaleza de mi inteligencia y de mi alma para afrontar lo que deba afrontar cuando salga de aquí.

— Comprendo, Dantès. Pero puede ser que yo no salga.

— No diga tonterías.

— Eres como un hijo para mí, Dantès. Dame la mano.

Dantès, conmovido, tomó la mano de Faria. El viejo la estrechó. Pasaron unos segundos y el apretón se hizo más fuerte: el viejo le estaba clavando los dedos con furia. Dantès lo miró. La boca se le había torcido al abad.

Era otro ataque.

El abad comenzó a agitarse. Como pudo,

Dantès lo acostó sobre el colchón y buscó la medicina. Apenas la tomó, los ojos del abad se abrieron mucho. Su mirada se clavó en Dantès. Murmuró:

— Es el final...

— ¡No, no voy a abandonarlo!

— Yo sí debo abandonarte — dijo el viejo, con firmeza y serenidad —. La medicina ya no hace efecto. Encuentra nuestro tesoro y úsalo para hacer el bien.

— ¡Solamente quiero venganza!

— Escucha bien lo que voy a decirte, porque es mi última lección.

Dantès acercó el oído a la boca del abad.

— No cometas el mismo crimen por el que ahora estás pagando.

# 10

Después de decir esas palabras, el abad se quedó inmóvil. Su respiración se hizo cada vez más débil, hasta que se detuvo. La cara se le puso muy pálida. Los ojos seguían abiertos, pero ya no veían.

Dantès le sostuvo la mano durante un largo rato. Estaba tan triste que no notó la claridad del amanecer, ni los pasos del carcelero que se acercaban. Solo lo escuchó cuando estaba a pocos metros de allí. De un salto, se metió en el agujero y corrió la baldosa como pudo. La puerta de la celda se abrió. Oyó pisadas que entraban y luego salían apuradas. Un momento después, eran tres los que volvían.

— Era un buen prisionero. Seguramente irá al Cielo — dijo una voz.

Los otros se rieron.

— Traigan la bolsa. Se hará esta noche.

Dantès escuchó movimientos confusos. Al rato, la puerta se cerró, y los pasos y las voces se alejaron. El calabozo volvió a quedar en silencio. Entonces salió del agujero. Iluminado apenas por la claridad que entraba por la ventanita, se veía un bulto sobre el colchón. Habían metido al viejo en una gran bolsa de tela gruesa.

A Dantès se le partió el corazón. Había perdido al único amigo que le quedaba en la Tierra. Estaba otra vez solo. Otra vez, el silencio y la nada. La furia y el deseo de venganza se le disiparon en el corazón, y lo invadieron el desánimo y la más honda tristeza.

Entre lágrimas, colocó una mano sobre la bolsa que envolvía el cuerpo de su amigo y dijo:

—No hay caso, querido abad. La única manera de salir de aquí es muerto...

Y, al pronunciar estas palabras, una chispa se encendió en su mente. Si aquella era la única manera de salir, entonces ocuparía el lugar de su maestro.

Sin perder tiempo, descosió la bolsa, sacó el cadáver y lo llevó por el túnel hasta su propia celda. Allí lo acostó sobre la cama, le besó la frente y lo tapó con sus mantas.

Luego volvió a la celda del viejo. Tomó un cuchillo, la aguja y el hilo y se metió en la bolsa. Desde adentro, rehizo la costura. Adoptó la posición que tenía el cadáver y se quedó inmóvil, tratando de serenar la respiración. Si lo descubrían, al menos contaba con un cuchillo para sorprenderlos. Y si lo cubrían con tierra, tenía la esperanza de cavar y salir antes de quedarse sin aire.

Llegó la noche y por fin escuchó pasos que se acercaban. Eran dos hombres.

—Es la hora de irse, abad —dijo uno de ellos.

Levantaron la bolsa y la pusieron sobre una camilla.

—Para ser un viejo, pesa bastante —dijo el otro.

Avanzaron por un pasillo. Subieron por una escalera y bajaron por otra. Se abrió una puerta. Dantès escuchó el ruido de las olas al chocar contra las piedras y sintió el aire salado.

—Ya llegamos —dijo uno de los hombres.

—Vamos más a la punta —dijo el otro.

—Alumbra aquí, que no veo.

“Están eligiendo el sitio para cavar la fosa”, pensó Dantès.

Un instante después, le apoyaron una piedra pesada sobre el estómago. Estuvo a punto de toser, pero pudo contenerse a tiempo. Notó que le ataban los tobillos.

—¿Listo? —preguntó uno de los hombres—. ¿Hiciste bien el nudo?

—Sí.

Dantès sintió que lo levantaban y lo balanceaban. ¿Qué ocurría?

—¡A la una...! —dijeron las voces—. ¡A las dos...! ¡Y a las tres!

Parecía que lo habían arrojado a un vacío sin fondo.

Caía en picada.

Por unos segundos, su cerebro se detuvo, su corazón quedó en suspenso, su cuerpo se paralizó. La piedra, atada a sus pies, lo llevaba hacia abajo, a toda velocidad, aunque a Dantès le pareció que pasaban siglos.

Entró en el agua helada con un estruendo, y enseguida comenzó a hundirse. Aturdido, casi sin aire, rompió la bolsa con el cuchillo y cortó la soga que le aferraba los pies a la roca.

Recién entonces comprendió que el cementerio del castillo de If era el mar.

# 11

La joven Amelia era un barco que traficaba mercancías robadas. Su capitán y el resto de la tripulación eran corsarios<sup>10</sup>: hombres de mar, y de cierto honor.

Cuando recogieron al náufrago, este parecía llevar semanas en el agua. Estaba muy pálido y temblaba de frío. Se veía que hacía varios años que no se afeitaba.

Le permitieron descansar y lo alimentaron. Les dijo que se llamaba Zaccone, que era marino, que su barco había naufragado y que él había sobrevivido por casualidad. Preguntó en qué año estaban y, cuando se lo dijeron, se sorprendió.

<sup>10</sup> Marineros mercantes que tenían patente del gobierno de su país para perseguir a los piratas o atacar a las embarcaciones enemigas.

Eso le resultó bastante extraño a Baldi, el capitán de *La joven Amelia*. Baldi no era tonto. Sabía que aquella historia podía ser un invento. Pero aceptó al tal Zaccone como uno más de su tripulación. Y no se arrepintió. El naufrago demostró enseguida ser un excelente marino. Hablaba poco, y era trabajador y confiable.

Después de tres meses tocaron puerto. Baldi repartió la paga. Con su parte, lo primero que hizo Zaccone fue ir a una barbería. Allí lo afeitaron y le cortaron el cabello. Después, el cliente pidió un espejo.

Estuvo un rato largo observando su aspecto. Había pasado catorce años sin verse. ¿Quién era el del espejo? Antes tenía la cara ovalada; ahora era de forma angulosa. Antes tenía la frente despejada; ahora había un surco profundo en el entrecejo, que delataba la presencia constante del pensamiento y la reflexión. Sus ojos se habían acostumbrado a mirar en la oscuridad, y brillaban de otro modo. Estaba más alto, más robusto. Ya no era el muchacho que soñaba con el futuro como una tierra prometida. Para bien o para mal, había cambiado la inocencia por el conocimiento. Y se había convertido en un hombre de

aspecto seguro, algo misterioso. Ni su propio padre lo habría reconocido.

—¿Se siente bien? —preguntó el barbero, sorprendido de que el hombre pasara tanto tiempo ante el espejo.

—Bien... sí... —murmuró el cliente, con una sonrisa dolorida.

¡Catorce años! Una sombra de furia cruzó por sus ojos. Se juró, una vez más, que los responsables de su desgracia pagarían la culpa. Era cuestión de tiempo. Y él había aprendido a esperar.

...

Zaccone siguió varios meses a bordo de *La joven Amelia*. Trabajó buena relación con los demás e hizo amigos. Era un compañero valiente y discreto. Y poseía muchos conocimientos en materias que los marinos ignoraban por completo.

En una ocasión, una nave guardacostas los sorprendió en una isla italiana, haciendo un traspaso de mercancías robadas. Hubo un tiroteo y Zaccone fue herido en un hombro.

Lograron escapar y se detuvieron en otra isla, perdida en medio del mar. Era una isla de grandes rocas grises, sin habitantes, sin árboles, casi sin animales. Solo piedras, arbustos y unas pocas cabras.

—¿Qué opinas, Zaccone? —preguntó Baldi—. Parece hecha para nosotros. Desierta y sin soldados.

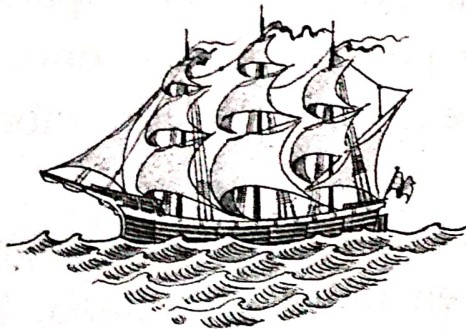
—¿Qué isla es? —preguntó Zaccone.

—La isla de Montecristo —dijo Baldi.

Zaccone lo miró.

—Lindo lugar para construir una casa —comentó.

Baldi sonrió y le palmeó la espalda. Le gustaba el extraño sentido del humor de ese hombre.



En el siguiente puerto que tocaron, un médico recomendó que Zaccone permaneciera en tierra, para curar mejor la herida del hombro. Esto facilitó sus planes.

Se despidió del capitán Baldi y de sus compañeros en los mejores términos. Baldi lamentó la decisión del naufrago, que se había convertido en su mejor marinero y en un buen amigo y consejero.

—Siempre habrá un puesto para ti en mi barco —prometió.

Se dieron un apretón de manos.

Aunque aún no lo sabía, a Zaccone esa amistad le resultaría provechosa en el futuro.

...

Durante el período de recuperación, Zaccone

se instaló en una pequeña posada. Adquirió una escopeta, redes y una barca para salir a pescar. También compró un pico, una pala y un farol.

Cuando la herida desapareció, se preparó una buena comida, cargó las herramientas en el bote y zarpó una mañana muy temprano.

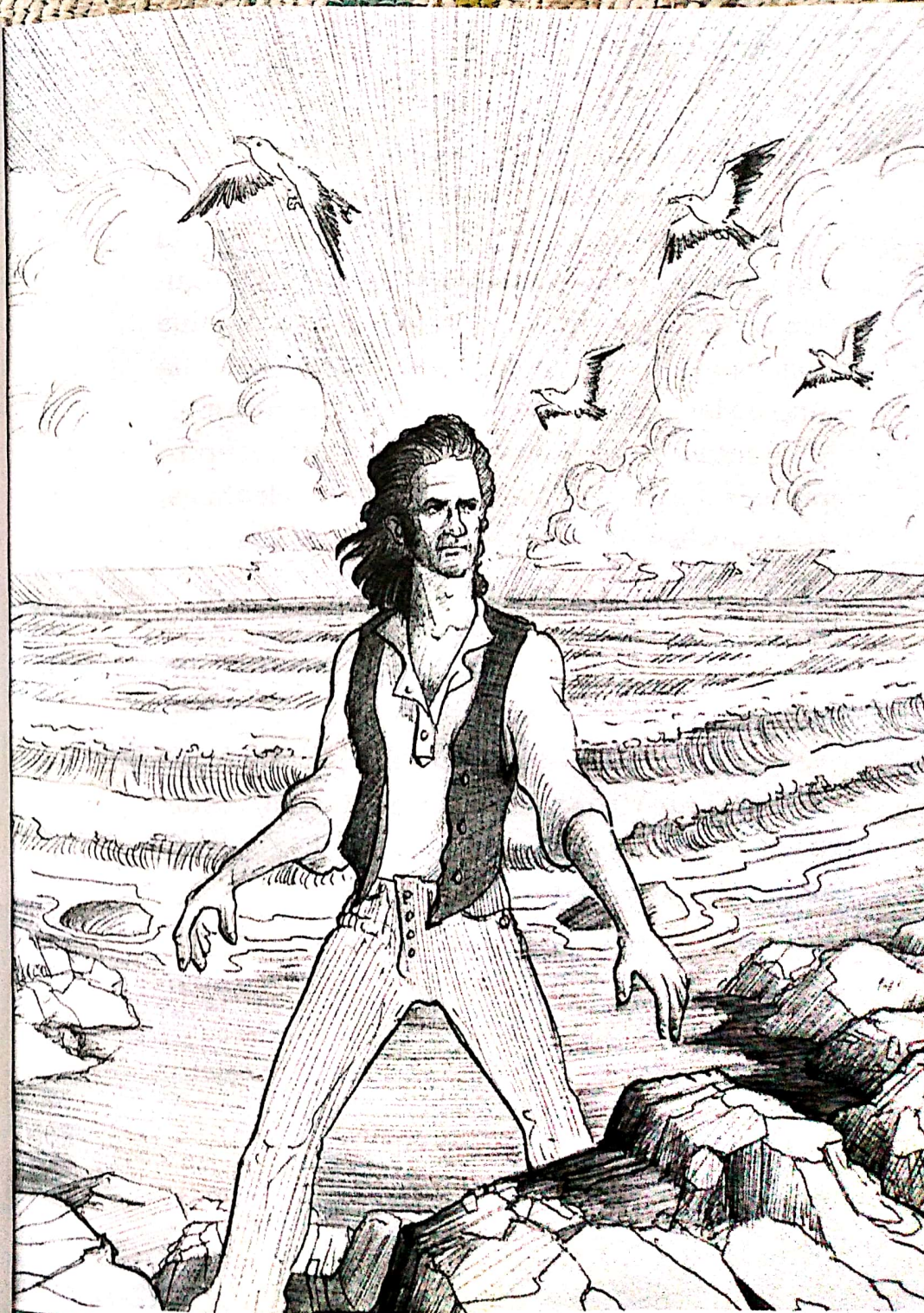
Al principio, tomó un rumbo; pero, cuando estuvo lejos del puerto y ya nadie podía verlo, se desvió hacia otro lado.

Llegó a la isla de Montecristo a mediodía, con el sol justo sobre su cabeza.

Los pájaros lo recibieron revoloteando en la costa. Una cabra lo observó sin mucha curiosidad, mientras rumiaba pacientemente un trozo de hierba.

Zaccone sabía de memoria las instrucciones. Había llegado el momento de descubrir si el tesoro de los Spada existía o no. Si era realidad o una simple leyenda. Si el abad Faria estaba cuerdo o si había perdido la razón al final de sus días.

Los pasos que había memorizado lo llevaron desde un punto de la costa al interior de una cueva. Una vez allí, atravesó un charco y avanzó por un túnel más estrecho. Llegado a este punto, tuvo que remover piedras, trabajando con el pico



# 13

Una noche, varios meses más tarde, cierto sacerdote vestido de negro llamó a la puerta de la casa del señor Morrel, en Marsella. Se presentó como el padre Busoni.

—Dígale, por favor, que traigo noticias de Edmundo Dantès — le pidió a la mujer que abrió la puerta.

Un momento después, la mujer lo condujo a una sala pequeña y cálida. El hogar estaba encendido. Sentado en un sillón, el señor Morrel se calentaba junto al fuego. Se lo veía viejo y cansado.

— Buenas noches — saludó el padre Busoni.

— Buenas noches, padre. Tome asiento, por favor.

La mujer sirvió dos copas de vino, le dio una al cura, otra a Morrel, y se retiró.

Aunque el cuarto estaba en penumbras,

y la pala en la oscuridad, a la luz del pequeño farol. Cada tanto salía a respirar, porque adentro hacía un calor sofocante. Por fin quedó a la vista una piedra grande y pesada, de forma rectangular. Según las instrucciones, bajo esa roca había tres baúles. Y dentro de los baúles se escondía uno de los tesoros más importantes de Europa.

Zaccone se secó el sudor de la frente, inspiró profundo y empujó. La piedra cedió. ¡Sí!: ahí estaban los baúles, uno junto al otro, cubiertos de óxido y moho.

Justo en ese instante, el farol se apagó y Zaccone quedó a oscuras. Tuvo que esperar un rato hasta que sus ojos se acostumbraron a la negrura. En esos minutos, se dio cuenta de que la riqueza le importaba muy poco. Si el tesoro estaba ahí, lo usaría para tramar mejor su venganza. Sería una simple herramienta.

Tanteó el suelo en busca del pico. Después tanteó el cofre en busca de la cerradura, la hizo saltar y levantó la tapa. Los herrajes chirriaron.

Zaccone hundió la mano en el baúl.

Y la sacó llena de diamantes.

había luz suficiente para que los dos hombres pudieran verse las caras. Morrel no pareció hallar nada familiar en el rostro del supuesto cura italiano.

Busoni le explicó que había sido confesor de Edmundo Dantès en la cárcel de If.

— Dantès me habló mucho de usted — dijo—. Lo apreciaba.

— Me alegra que se haya ido del mundo con un buen recuerdo de mi persona, y no con la imagen de este hombre arruinado...

— ¿Arruinado?

— Tiempo después de que se llevaran a Edmundo, hubo muchas revueltas políticas, como usted sabrá. Yo pasé por algunos problemas financieros y me asocié con uno de mis marinos, Danglars... Pero no fue una buena decisión.

— ¿Por qué? — preguntó Busoni.

— Me estafó. Se quedó con mi barco, el *Faraón*, con mi empresa, con todo... Compró dos barcos más y se instaló en París, como un gran señor.

— Lo lamento — murmuró Busoni. Una emoción violenta lo recorría por dentro, pero había aprendido a dominarse—. Edmundo me habló también de su padre. Y de una mujer...

El cura no pudo pronunciar el nombre de ella.

— El padre de Edmundo falleció — suspiró Morrel—. Fue poco después de que decretaran la muerte de su hijo. Murió de tristeza. Yo estuve con él hasta el último día...

Esta vez, Busoni se hundió en el asiento, para que las sombras ocultaran la expresión de su rostro. Hizo un gran esfuerzo por contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

— Y en cuanto a la mujer, Mercedes... — continuó Morrel—, después de algunos meses se casó... Ahora vive con su marido, en París.

— ¿Se... casó...? — la voz del sacerdote era cada vez más ahogada.

— Sí, con Fernando Mondego, un vecino. Mondego ganó dinero en la guerra contra España, haciendo chantaje<sup>11</sup> y vendiendo información. Al final, nunca lo descubrieron. Por sus supuestos servicios, le dieron el título de conde... Él y Mercedes tienen un hijo.

<sup>11</sup> Extorsión; amenaza que se hace contra una persona para obtener de ella dinero o algún otro provecho.

Algo se quebró dentro del cura. Le costaba respirar.

—Como le digo —agregó Morrel—, me alegro de que Edmundo no haya sobrevivido para ver lo que pasó...

Busoni no pudo hacer ningún comentario. Terminó su copa de un trago. Luego se levantó como pudo y se despidió.

—En efecto, señor Morrel —dijo, con un hilo de voz—. Es una suerte que Edmundo Dantès esté muerto.

# 14

Poco tiempo después, en las reuniones de la alta sociedad de París comenzó a circular un nombre nuevo y exótico: *Montecristo*. Era conde, había estado muchos años de viaje y, según decían, poseía una inmensa fortuna.

Lo cierto es que el conde de Montecristo dedicó varias semanas a hacerse conocer en la ciudad. No era fácil entrar en los círculos de la alta sociedad, donde se movían aquellos que hacía tanto tiempo lo habían traicionado. Se necesitaba poseer fortuna y ser reconocido como un gran señor.

Montecristo era inteligente y hábil, y se había rodeado de dos asistentes fieles, que fueron de gran ayuda para tramar la venganza.

El conde adquirió el vestuario necesario, abrió cuentas en distintos bancos y compró castillos en Francia, Italia y España. Acudió a al-

muerzos y tertulias, a la ópera, al teatro, y a todos aquellos lugares que frecuentaba la clase alta de París.

Era un hombre culto y elegante, que provocaba respeto y admiración. No pasó mucho tiempo antes de que su nombre estuviera en boca de todos.

Sin embargo, aún no había logrado ver a los Mondego. Los rumores decían que Fernando Mondego bebía mucho y pasaba la mayor parte del tiempo derrochando la poca fortuna que le quedaba. Y también engañando a Mercedes con otras mujeres.

De Alberto, el hijo de ambos, le llegó a Montecristo nada más que una noticia: el joven viajaría ese año a Venecia, para presenciar el Carnaval.

...

El vizconde Alberto Mondego, hijo del conde Fernando Mondego y la condesa Mercedes de Mondego, tenía dieciséis años. Su pelo era negro como la noche y, cuando sonreía, su cara se iluminaba.

Acababa de llegar, junto a su amigo Francisco, a la ciudad de Venecia. Era la primera vez que viajaba sin sus padres. Estaba excitadísimo. Él y Francisco llegaban justo para el comienzo del Carnaval.

Dedicaron todo el día a pasear. Venecia era una ciudad increíble: parecía flotar sobre el agua y estaba atravesada por puentes y canales que se comunicaban entre sí. La gente se desplazaba en góndolas o a pie, por callecitas muy angostas, entre viejísimas casas y *palazzos*<sup>12</sup>.

Por la noche, Alberto y Francisco se pusieron sus máscaras y salieron del hotel.

En las calles colgaban faroles de colores, flores, guirnaldas... Por todas partes circulaba una multitud de personajes: colombinas, pierrots, arlequines<sup>13</sup>. Algunos actuaban, cantaban o tocaban instrumentos. Otros se lanzaban harina, ramilletes, confites o papel picado.

Los dos amigos se dejaron llevar por el bullicio, la danza y la fiesta.

<sup>12</sup> En Italia, mansiones donde viven las familias ricas.

<sup>13</sup> Disfraces que se inspiran en famosos personajes de las comedias de la época: Colombina, Pierrot y Arlequín.

Una muchacha vestida de rosa, con máscara de colombina, pasó riendo junto a ellos y le arrojó papel picado a Alberto. Él compró un ramito de flores, alcanzó a la muchacha y se lo lanzó, galante.

La colombina atrapó el ramo, se levantó durante un segundo la máscara y sonrió. Era preciosa. Besó el ramo y se lo arrojó otra vez a Alberto. Después se alejó corriendo.

— Ya vuelvo — le dijo Alberto a su amigo.

Corrió entusiasmado tras la colombina. Por un momento la perdió entre el gentío. Enseguida la divisó, parada en un puente. La muchacha se había detenido; pero, cuando Alberto la vio, ella siguió su carrera, en medio de risas. Alberto cruzó el puente. Vio el vestido rosa doblando una esquina. Pero al llegar, no había señales de la colombina.

Era una calle angosta y oscura. Alberto estaba a punto de volver sobre sus pasos, cuando sintió que lo abrazaban con fuerza por detrás, le inmovilizaban las manos y lo empujaban al interior de un viejo edificio.

# 15

Adentro olía a humedad y casi no había luz. Lo sentaron a empujones en una silla y le ataron las manos.

Alberto distinguió tres siluetas.

— El hijo de un conde debería saber que no es prudente andar por ahí persiguiendo señoritas — dijo uno de los tres.

Los otros dos rieron.

Le habían tendido una trampa, para pedir rescate a su padre.

— Acaba de partir una carta dirigida a París — dijo la voz.

— Mi padre no les pagará nada — murmuró Alberto, con desprecio.

Las sombras volvieron a reír.

Un cuchillo brilló en la oscuridad. Alberto sintió el frío del metal cuando le apoyaron la hoja en la garganta.

— Está afilado, ¿no? — le dijo la voz en el oído. De pronto, se escucharon pasos.

— Ese filo no es nada, comparado con el que vas a sentir cuando te atraviere mi espada — dijo con voz firme y grave el que había entrado—. Suelten al muchacho ahora mismo.

Los captores se lanzaron sobre el desconocido. Pelearon. Tres contra uno. Era una confusa danza de sombras.

El desconocido parecía moverse con habilidad y elegancia, y daba golpes certeros. Enseguida desarmó a sus adversarios y los obligó a arrastrarse hasta la salida.

Después volvió y desató a Alberto.

— Estás a salvo — dijo.

Salieron juntos del edificio.

Alberto observó a su liberador. Usaba capa y sombrero. El conjunto de su vestimenta era elegante, aunque un poco exótico. Debía tener unos treinta y cinco años. Parecía educado para ejercer el dominio sobre los demás. Era alto, de pelo negro. Tenía aspecto distinguido y vagamente misterioso.

— Gracias — dijo Alberto, tendiéndole la mano—. Le debo la vida.

— No es nada — replicó el otro—. Te portas-te como un hombre. Ahora vas a disculparme, pero debo irme enseguida.

Extrajo de su bolsillo una tarjeta y se la entregó.

— Hasta otro momento — saludó el espada-chín, estrechándole la mano. Luego se alejó.

Alberto leyó la tarjeta de su desconocido salvador. Allí estaban impresos su domicilio en Italia, y su nombre: "Conde de Montecristo".

...

Cuando Alberto se marchó, el conde de Montecristo volvió a la puerta del edificio. Adentro lo esperaban los captores del muchacho, charlando alegremente.

Montecristo se acercó al jefe de la banda. Era el capitán Baldi, de *La joven Amelia*. Montecristo le arrojó una bolsa pequeña, llena de monedas de oro. Baldi la atrapó en el aire.

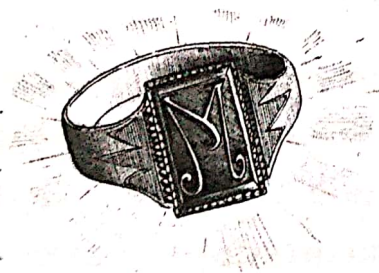
— Buen trabajo — lo felicitó el conde—. Puede ser que pronto vuelva a necesitarte.

— Es un placer, Zaccone — dijo Baldi—. ¡Perdón: conde!

Los otros rieron. Montecristo también.

A la semana siguiente, llegó una invitación al *palazzo* que Montecristo tenía en Venecia. La familia de Alberto Mondego rogaba al conde que los visitara en París. Querían conocer al salvador de su hijo y agradecerle personalmente.

El plan, al parecer, había funcionado.



## 16

Montecristo llegó puntual a la mansión de los Mondego.

Alberto lo recibió en la sala. Subieron una escalera y avanzaron por un pasillo decorado con cuadros. Al final del largo pasillo estaba el estudio de Fernando Mondego.

Alberto golpeó y pasaron.

Sentado tras un escritorio, el ahora conde Mondego se puso de pie. Tenía canas en el pelo. Usaba un bigote, que no ocultaba el gesto de hastío y desdén de su boca, como si estuviera masticando algo en mal estado. Su vida estaba vacía. Ni el juego, ni el alcohol ni las mujeres le alcanzaban. Vivía irritado.

—Papá — dijo Alberto —, te presento al conde de Montecristo.

Mondego rodeó el escritorio y se acercó a saludar. Montecristo permaneció firme.

— Es un gran placer, caballero — dijo Mondongo —. Ha salvado la vida a mi único heredero.

Era evidente que todo aquello le importaba muy poco. Quizá por eso no pareció reconocer en lo más mínimo al conde. Además, nunca había sido muy observador.

— El placer es mío — dijo el caballero —. Su hijo se portó como un valiente.

La expresión de Montecristo era imperturbable. Pero esa expresión estuvo a punto de esfumarse cuando sintió unos pasos detrás de él y oyó que Alberto decía:

— ¡Ah, madre! Quiero presentarte a un amigo...

Montecristo inspiró profundo. Había imaginado muchas veces ese encuentro. Era su prueba de fuego. Dio dos vueltas de llave a la cerradura de su corazón, y se volvió hacia Mercedes.

Ahí estaba. Había cambiado, como todos. Pero todavía era hermosa. Muy hermosa.

Durante unos segundos, el conde sintió que algo se agitaba con fuerza en el fondo de su ser y empujaba para salir. Luchó consigo mismo.

Mercedes se había acercado, tendiéndole la



mano. Pero de pronto se quedó inmóvil en su lugar. Parecía muy sorprendida, muy confundida.

— ¡Madre! — exclamó Alberto —. ¿Estás bien?

Mercedes no contestó. Mantuvo sus ojos en los de Montecristo unos instantes más. Instantes que a Montecristo le parecieron años. Luego, ella se recompuso y dijo:

— Me siento un poco sofocada. ¿No hace demasiado calor aquí?

Estaba pálida. Alberto corrió las cortinas y abrió las ventanas.

— Con el permiso de ustedes, ahora debo retirarme — dijo Fernando Mondego —. ¡Tengo tanto trabajo! Pero espero volver a verlo pronto, conde.

— Lo mismo digo — respondió Montecristo —. A propósito... necesito hacer un transporte de mercancías, en barco. ¿Se le ocurre alguien confiable para recomendar?

— Puede ir a ver al señor Danglars — dijo Fernando —. Tiene tres naves. Es de absoluta confianza.

— Danglars — repitió Montecristo —. Creo que lo recordaré. Gracias.

Fernando salió del cuarto sin despedirse de Mercedes. Ni siquiera le dirigió una mirada.

Montecristo percibió enseguida que Fernando y Mercedes no se amaban. Quizás en otro tiempo lo hubieran hecho. Pero ahora simplemente se toleraban.

Eso le hizo sentir una oleada de algo parecido a la alegría. Y, sin embargo, ella se había casado con Mondego. Con ese miserable y vulgar mentiroso. Y no solo lo había hecho poco después de la desaparición de Edmundo Dantès; además, había tenido un hijo con él.

No. No merecía perdón. De ningún modo.

— Tendrán que disculparme, pero yo también debo partir — dijo Montecristo.

— ¿Cómo? ¿Tan pronto? — se desconcertó Alberto.

— Sería un honor tenerlo en nuestra mesa — agregó Mercedes.

— Acepto la invitación... otro día — se excusó Montecristo —. Tengo que atender asuntos urgentes. Pero no quería dejar de venir.

Aunque no era demasiado evidente, se lo notaba perturbado.

— Lo acompaño entonces hasta la puerta — dijo Alberto.

El conde y Mercedes se despidieron.

80 Aljaraque  
Cuando estaba por salir del estudio, ella lo llamó:

—¡Conde...!

Montecristo giró.

—¿Sí?

—Me preguntaba... ¿cómo supo, en Venecia, que mi hijo había sido secuestrado?

Al conde le costaba mirarla a los ojos. Logró esbozar algo parecido a una sonrisa, y contestó:

—Cuando viajo, pago por estar bien informado. El secuestro del hijo de un conde siempre es una noticia que puede anticiparse...

Hizo una reverencia y salió con Alberto.

Ella lo siguió con la vista mientras se alejaba por el pasillo. Y siguió mirándolo hasta que doblaron para bajar las escaleras.

# 17

Esa noche, la luna ponía un barniz plateado sobre las cosas.

Cuando Montecristo entró en su dormitorio, alguien lo esperaba en las sombras. El conde desenvainó la espada en un segundo.

—¿Quién es usted? ¿Cómo entró aquí? — gritó.

El otro se mantuvo en silencio.

—¡Responda!

La figura dio un paso y quedó junto a la ventana, a la luz de la luna. Llevaba una capa. Se descubrió la cabeza. Era Mercedes.

—¡Condesa...! — dijo Montecristo, confundido.

—Edmundo... — murmuró Mercedes, avanzando hacia él.

—Señora — dijo el conde, con sequedad—. Me parece que usted se equivoca; me confunde con otra persona.

— Me confundí en el pasado, muchas veces. Pero no ahora, Edmundo. Basta de fingir, por favor. Te reconocí apenas te vi en mi casa.

— Condesa — dijo Montecristo, mordiendo las palabras. El corazón le latía a toda velocidad—. Su comportamiento es bastante inusual. No acostumbro a recibir damas de alcurnia en mi alcoba... Tengo que pedirle que se retire de...

— ¡Basta, por favor! — gritó ella—. ¡Basta de simular, Edmundo!

Rompió a llorar. Montecristo contemplaba sus lágrimas sin saber qué hacer o decir. Por fin, la ayudó a sentarse y le tendió un pañuelo.

— Acabamos de conocernos — dijo—. Seguramente me confundió con otra persona.

Ella sollozaba en silencio. Cuando logró serenarse un poco, se disculpó:

— Lo lamento... Es que usted me recuerda tanto a alguien...

— ¿Alguien del pasado?

— Alguien muy querido, sí...

— Ya veo. Pero le aseguro que no conozco a ningún Dantès.

Ella levantó la cabeza. Lo miró.

— Nunca mencioné ese nombre — susurró.

Él se puso de pie bruscamente. ¡Qué torpe había sido! Le dio la espalda y caminó hasta la ventana.

— ¿Qué quieres? — la increpó—. ¿Para qué viniste?

— ¿Cómo no iba a venir? Todos estos años... Nunca dejé de amarte, Edmundo.

— ¡Mentira! — la ira de Montecristo iba en aumento.

— ¡No! Es la verdad... Dijeron que habías muerto.

— ¿Quién?

— El procurador Villefort... ¿Dónde estuviste?

— ¿Qué te importa donde estuve? ¡¿No te casaste con ese cerdo, apenas desaparecí?!

— Tuve mis motivos...

— ¡Ja! ¡Motivos! ¡Todos tienen sus motivos! Mondego también tenía motivos para arruinar mi vida, quitarme todo lo que amaba, mandarme al infierno.

Ella lloraba ocultando la cara entre las manos.

— Eres tan vulgar y codiciosa como cualquiera de ellos... — dijo Montecristo.

—Edmundo...

Él abrió la puerta de la habitación.

—¡Vete! —gritó—. ¡Edmundo Dantès está muerto! ¡Fuera de aquí!

—¡No! No me iré...

Ella se paró y corrió hacia él. Lo abrazó y apoyó la cabeza contra su pecho, murmurando su nombre, su antiguo nombre, entre sollozos.

Al fin, algo se aflojó dentro de Montecristo. Su amor no había desaparecido. Solo estaba contenido, oculto en un rincón de sí mismo, donde no dolía.

—Mercedes —susurró.

Hacía muchos años que no pronunciaba ese nombre. Una lágrima rodó por su mejilla. Estuvieron abrazados en silencio, un largo rato. Hasta que ella levantó la cabeza, y se besaron. Y él supo que era cierto, que ella aún lo amaba. Su boca, dulce y cálida, no mentía.

## 18

Danglars había cambiado su antiguo diente de plata por uno de oro, que también brillaba cuando sonreía. Tenía más arrugas, menos cabello y la misma cantidad de codicia que siempre.

Años atrás, le había arrebatado el *Faraón* a Morrel, mediante una maniobra económica, abusando de la confianza de su socio y antiguo patrón. Luego, con un préstamo, compró otro barco. Y después, otro más. Transportaba mercancías para distintos clientes, no siempre en forma legal.

A Danglars no le importaba qué llevaban o traían sus barcos, con tal que le pagaran.

Ahora estaba sentado en su escritorio, frente a un cliente importante. Era conde, se llamaba Montecristo, y a Danglars le recordaba vagamente a alguien, pero no sabía a quién.

Tampoco le importaba. Olvidó la cuestión enseguida, apenas se pusieron a hablar de negocios.

—Me recomendaron sus servicios —explicó el conde—. Lo que hay que transportar es muy valioso y necesito seguridad.

—Puede confiar en mi flota. Si por algún motivo su carga se daña o extravía, nos haremos cargo de todo.

—Por su bien, espero que no ocurra —sonrió Montecristo—. No creo que su compañía esté en condiciones de pagar el seguro.

—Señor conde, quédese tranquilo. Todo saldrá bien.

Danglars le extendió los papeles. Montecristo, pensó, era un hombre rico. Tan rico, que posiblemente nunca se ocupara de esos trámites. Decidió cobrarle el triple de lo que cobraba habitualmente.

Cuando dijo el precio, el conde lo miró a los ojos. Luego sacó el dinero y comentó:

—Me parece un precio más que razonable, señor Danglars.

Le entregó los billetes. Pagaba todo por adelantado.

Danglars contó el dinero, lo guardó y le tendió la mano.

—En dos días su carga estará aquí, señor conde —prometió.

...

Sin embargo, dos días después, la carga no había llegado. Danglars estaba inquieto. Ni siquiera tenía noticias de sus dos barcos.

Decidió mandar el buque que le quedaba —el *Faraón*— a rastrearlos.

El *Faraón* volvió con las peores novedades. Los buques de Danglars habían sido asaltados en el viaje. Habían robado la mercadería y hundido los barcos. Según decían, los culpables eran unos conocidos ladrones, que viajaban en una nave llamada *La joven Amelia*...

Danglars no estaba en condiciones de afrontar ni siquiera un tercio del seguro millonario de Montecristo. Eso significaba que, en pocos días, embargarían su casa y todas sus pertenencias.

Sin perder tiempo, esa misma tarde cerró sus oficinas. Tomaría todo el dinero que tenía, pre-

pararía sus cosas y huiría de París. Era eso, o quedar arruinado para siempre.

Estaba haciendo las valijas en su casa cuando golpearon la puerta. Se presentaron cuatro oficiales.

—¿Qué ocurre? —preguntó Danglars.

—Tenemos orden de registrar su casa. Abra la puerta.

—¿Por qué motivo...? —Danglars se resistía a abrir.

Un oficial empujó y entraron.

—Una denuncia anónima —dijo el oficial.

Le extendió un papel a Danglars, mientras los otros hombres recorrían la casa.

El papel estaba escrito a mano y decía:

*En casa del señor Danglars encontrarán parte del cargamento del conde de Montecristo, supuestamente robado por piratas en alta mar.*

—Esto es increíble. Es una estupidez —se defendió Danglars.

—¡Acá! —gritó, desde el fondo de la casa, uno de los oficiales. Los demás se acercaron al

pequeño galpón de herramientas que había junto al patio.

Dentro del galpón, hallaron cinco baúles que llevaban grabado el nombre MONTECRISTO.

Danglars no salía de su asombro.

Abrieron los baúles, que contenían oro y dinero.

—Señor, queda arrestado por robo y fraude —dijo un oficial.

Le pusieron las esposas.

—¡Es una trampa! —gritó el viejo marino—. ¡Alguien me tendió una trampa!

Lo empujaron hacia la calle y lo metieron en un coche enrejado. El coche se puso en movimiento. Danglars seguía insultando a medio mundo; pero, al doblar la esquina, se calló de golpe. Había visto a alguien por la ventanilla.

Era el conde de Montecristo, que le hacía una reverencia, quitándose el sombrero.

...

Poco después, el banco embargó todos los bienes de Danglars y estos fueron a engrosar las cuentas de Montecristo.

El conde hizo poner el *Faraón* a nombre de Morrel. El barco fue devuelto a su antiguo dueño, junto con una importante suma de dinero.

Morrel nunca se enteró de quién había sido el anónimo benefactor. Únicamente recibió una nota, junto con los papeles del barco, que decía:

*Solo una cosa no hay: es el olvido. Gracias por todo.*

## 19

— **S**upe que, antes de venir a París, usted fue procurador en Marsella — comentó el conde.

— Así es — dijo Gerardo de Villefort.

Estaban almorzando en el castillo de Montecristo. Sobre la mesa había distintas variedades de pescados y vinos, todo de la mejor calidad.

Villefort había aceptado la invitación de Montecristo porque le gustaba codearse con personajes importantes. Además, ese tipo de encuentros formaba parte de su trabajo. Siempre resultaba conveniente tener a la nobleza de su lado. Y Montecristo poseía una gran fortuna.

El conde tomó un sorbo de vino y preguntó:

— Por casualidad, ¿conoció en Marsella a un tal Dantès?

— Sí... — se extrañó Villefort —. ¿También lo conoció usted?

El conde no respondió. En cambio, siguió diciendo:

— Me pregunto por qué usted envió a Dantès a la cárcel.

Villefort dejó de masticar. Su expresión cambió.

— ¿A qué se debe su interés por el caso de un simple marino, si me permite la pregunta?

— Es más — siguió Montecristo —, me pregunto qué ganaba usted al declarar la muerte de ese simple marino, como lo llama.

— Todo eso ocurrió hace muchos años, conde.

Villefort se metió un trozo de pescado en la boca.

— Hay ciertos crímenes que no prescriben<sup>14</sup> con el tiempo — dijo Montecristo —. Si vamos a entablar una relación provechosa, ambos debemos saber quién es el otro, ¿no?

— Es cierto — admitió Villefort.

— ¿Entonces?

— Digamos que Dantès interfería con los intereses de un buen amigo mío.

— ¿Fernando Mondego?

<sup>14</sup> Se extinguen, dejan de ser objeto de castigo.

— ¿Cómo lo sabe? — Villefort tragó el pescado con dificultad.

— Supongo, entonces, que su buen amigo Mondego habrá pagado con un favor similar.

Villefort apoyó los cubiertos sobre el plato y, con una expresión muy seria, dijo:

— Me parece que esta comida ha terminado, conde. No me gusta la conversación.

— ¡Pero si todavía falta el postre! — sonrió Montecristo —. Usted afirmó que Dantès había muerto y, a cambio, Mondego asesinó a su padre, el señor Noirtier. Porque usted no tuvo el coraje de hacerlo.

Villefort se puso de pie para irse.

— Imagino — siguió el conde, siempre sentado — que no debe ser agradable asesinar con las propias manos al hombre que le dio la vida.

— ¡Mire! — bramó Villefort —. No sé cómo se enteró de esto, ni qué favor espera de mí a cambio de su silencio. Pero, cuando lo haya decidido, hágamelo saber.

Villefort abrió la puerta del comedor para salir. Pero tras la puerta lo esperaba el comisario de París, acompañado por cinco soldados. Habían sido citados por Montecristo, y

acababan de escuchar la confesión del procurador.

—Señor Villefort —anunció el comisario—, queda arrestado por asesinato.

Mientras lo esposaban, el conde se puso de pie y se aproximó al procurador.

—¿Quién es usted?! —exclamó Villefort.

El conde acercó su boca al oído del procurador, justo antes de que se lo llevaran.

—El conde de Montecristo —susurró—. Pero mis amigos me llaman Edmundo Dantès.

## 20

En los últimos días, Fernando Mondego había notado un cambio en su esposa. Había recuperado el brillo en la mirada. Se arreglaba más, y no parecía importarle mucho que él no regresara a dormir, o volviera tarde y borracho.

Fernando percibió estos cambios como quien percibe que hay menos nubes en el cielo o más humedad en el aire. Es decir, le importaba poco y nada.

Sin embargo, esa tarde, cuando le llegó la noticia de la confesión y el arresto de Villefort, corrió a buscar a Mercedes.

Ella estaba en el dormitorio.

—Prepara las valijas —ordenó Fernando—. Nos vamos de París.

Ella lo miró entre sorprendida y divertida.

—¿Qué pasa? ¿Estalló la revolución?

—Es largo de explicar. La policía va a venir a

buscarme en cualquier momento. Ahora no hay tiempo que perder.

Fernando se puso a vaciar los cajones. Pero, al ver que ella no se movía, se detuvo.

—¿No me oíste? ¿Estás sorda? —preguntó.

—Te oí perfectamente —dijo ella—. Yo no voy a ninguna parte.

—Eres mi mujer y vendrás conmigo.

—Vas a tener que obligarme.

Fernando la miró en silencio. Al final suspiró y siguió preparando su equipaje.

—No vengas —dijo—. De todas maneras, ya hace muchos años que dejaste de importarme.

—A mí no me importaste nunca —repuso ella.

Fernando siguió guardando la ropa.

—Dile a Alberto que prepare sus cosas —dijo—. Él viene conmigo.

—Díselo tú mismo. Allí está.

Por la ventana del cuarto, que daba a los jardines, Fernando vio a Alberto sentado en un banco, conversando con el conde de Montecristo.

—¿Qué hace Montecristo acá?

—Tú lo invitaste a volver.



—Tendrás que ocuparte de él —dijo Fernando, tomando sus valijas—. Yo me voy con mi hijo. Adiós.

—Alberto no es tu hijo —dijo entonces Mercedes.

Fernando se detuvo en la puerta. Ella volvió a hablar:

—¿Por qué crees que acepté casarme contigo, inmediatamente después de que se llevaron a Edmundo...? Estaba embarazada. Alberto es hijo de Edmundo Dantès. El hombre que ves allí abajo.

De pronto, a Fernando la realidad se le dio vuelta como un guante.

—¿Dantès? —murmuró entre dientes.

Miró por la ventana. Y, en ese mismo momento, Montecristo elevó los ojos. Los dos hombres se miraron fijamente. En el rostro de Montecristo se insinuó un gesto de revancha y dolor.

Fernando bajó la vista. No tenía tiempo que perder. La policía estaba por llegar.

Tomó sus valijas, bajó las escaleras y salió apurado de la casa.

## 21

Mientras el carruaje se alejaba del castillo, a Fernando Mondego la cabeza le daba vueltas. Un conjunto de recuerdos borroneados e imágenes gastadas por el tiempo se le agolparon en la mente.

¿Qué clase de vida lo esperaba de ahora en más? ¿Huir de la justicia, sin fortuna, sin esposa, sin casa, como un paria<sup>15</sup>? De golpe, vio claramente lo que debía hacer. Juntó el resto de dignidad que conservaba y le ordenó al cochero que regresara al castillo.

Al llegar, fue directo a los jardines. Montecristo y Alberto seguían allí, conversando.

Fernando se dirigió hacia ellos con paso resuelto. Montecristo se puso de pie.

—¡Papá! —saludó Alberto.

<sup>15</sup> Persona despreciada por las demás y que no goza de ninguna ventaja.

Pero Fernando ni siquiera lo miró. Desenvainó la espada y avanzó hacia Montecristo, que también se puso en guardia.

— ¡Papá! ¿Qué pasa? — gritó Alberto.

— No puedo vivir en un mundo donde tú tienes todo y yo, nada — le dijo Fernando a Montecristo. Y atacó.

Fernando era un hábil espadachín. Rasguñó a su enemigo en el brazo izquierdo. Eso distrajo un segundo a Montecristo. Entonces Fernando se arrojó sobre él; pero Montecristo, con un diestro movimiento, lo esquivó, lo hizo tropezar y caer de frente al suelo. Enseguida le puso un pie en la nuca y la espada en la mejilla.

— ¿Es suficiente? — preguntó.

En ese instante sintió que el filo de otra espada le tocaba la espalda.

— ¡Deje a mi padre ahora, o lo mato!

Era Alberto. Montecristo soltó la espada y giró. Alberto le apoyó la espada en el pecho.

Fernando se puso de pie, y Mercedes llegó corriendo.

— Alberto — ordenó ella —, ¡suelta esa espada!

— No — dijo Alberto —. Este hombre estaba a punto de matar a mi padre.

— Fernando no es tu padre — exclamó Mercedes.

Alberto y Montecristo la miraron sin comprender.

— Alberto, el nombre de tu padre es... Edmundo Dantès — continuó ella —. El hombre que conoces como el conde de Montecristo.

La noticia impactó tanto a Alberto como al conde. Pero, al mirarse a los ojos, ambos supieron que lo que Mercedes había declarado era absolutamente cierto.

Fernando aprovechó la confusión. Le quitó la espada a Alberto y arremetió contra Montecristo. Este logró esquivar los golpes y rodó por el suelo para buscar su propia espada.

Chocaron los metales, brillando a la luz del sol.

La policía, en tanto, llegaba al castillo.

El combate era parejo, pero a Montecristo le movían fuerzas muy profundas. El dolor por los años de encierro... Por su padre, que había muerto de tristeza... Por los años de felicidad perdidos, arrebatados de sus manos a causa de la codicia y la envidia.

Montecristo hirió la muñeca de su oponente,

cuya espada cayó al piso. La punta de la espada de Montecristo se apoyó entonces bajo el mentón de Fernando Mondego. Un hilito de sangre brotó y se deslizó por su garganta.

— ¿Qué esperas? — gimió Mondego —. Mátame de una vez. ¿O no tienes el valor?

— Morir es fácil — dijo Montecristo —. No voy a hacerte las cosas tan sencillas.

La policía había llegado.

Fernando Mondego fue arrestado por homicidio, un crimen que lo condenaba a cadena perpetua.

## 22

La cárcel de If ya no funcionaba. El mantenimiento se había vuelto muy costoso para el gobierno, y habían decidido clausurarla. Se había convertido en una atracción para turistas que buscaban un paseo diferente.

Una clara mañana de primavera, Edmundo Dantès, conde de Montecristo, se embarcó en uno de esos paseos junto a su hijo, Alberto.

Durante el viaje en bote, escucharon que uno de los pasajeros le contaba a su hijita la leyenda más conocida del lugar. Era la historia del prisionero que se hizo pasar por muerto y fue arrojado al mar.

Montecristo sonrió.

Al llegar, los guías del paseo llevaron a los turistas a recorrer la cárcel.

Montecristo le pidió a Alberto que se uniera al recorrido. Se encontrarían afuera, más tarde.

Cuando el grupo principal se alejó, Montecristo solicitó un guía para él solo.

El conde parecía buscar algo en especial, y el guía lo llevó entonces por pasillos menos frecuentados. Subieron y bajaron escaleras oscuras, atravesaron un patio y giraron varias veces, como en un laberinto.

Finalmente, llegaron a un estrecho calabozo. El conde le dio al hombre una considerable propina y le dijo:

—Me gustaría entrar unos minutos.

El guía no hizo preguntas. El dinero bastaba. Abrió la puerta. Montecristo dio un paso y entró en ese espacio familiar.

Los años de cautiverio se le agolparon en la memoria. Recordó todo. El sabor agrio de la comida aguachenta. El día que conoció al abad. Incluso el sonido del látigo con el que lo habían castigado al llegar.

Montecristo recorrió las paredes con la mirada. A pesar de la penumbra, encontró una frase tallada en la piedra:

*DIOS, NO ME DEJES OLVIDAR.*

Se quedó allí, de pie, mirando las letras, recordando el tiempo que le había llevado tallar cada palabra en la roca.

Un golpe lo sacó de sí mismo. La puerta se había cerrado. El guía no estaba. Montecristo gritó, pero nadie respondió. Sacudió la puerta, pero no logró abrirla.

Pasaron interminables minutos.

Volvió a gritar con toda su fuerza, y tampoco obtuvo respuesta. Golpeó otra vez hasta que le sangraron los nudillos. Nada. Nadie venía.

Era absurdo. Pero estaba sucediendo.

Se sentó en el piso. La cabeza comenzó a darle vueltas. Se acordó del túnel. Si el túnel seguía allí, quizá la celda del abad no estuviera cerrada con llave.

Levantó la piedra. Ahí estaba el agujero. Se disponía a entrar, cuando escuchó pasos afuera. Era el guía, que había regresado.

—Pensé que quería estar solo. Por eso le dejé las llaves aquí —dijo el hombre.

Recién entonces, Montecristo se dio cuenta de que las llaves de la celda habían estado todo el tiempo colgadas de un clavo, junto a la puerta.

Sonrió.

Al salir otra vez al aire libre, Alberto lo esperaba. Se acercaron juntos al despeñadero por donde había sido arrojado, adentro de una bolsa, tanto tiempo atrás.

Miró el mar, miró el cielo.

Los culpables de su desgracia estaban encerrados.

“Ya estoy en paz, querido abad. Espero que tú también”, se dijo el conde.

La voz de su hijo lo sacó de estas reflexiones.

— ¿En qué piensas, papá?

— La vida es impredecible — contestó Montecristo—. Un día estás feliz, sentado al sol y, al día siguiente, la tempestad te arrastra contra las rocas. Entonces hay que aprender a luchar.

Su hijo lo miró con afecto.

— Pero hoy tenemos sol, ¿no? — dijo.

— Sí — sonrió el conde, acariciándole la cabeza —. Es cierto. Y ahora, ¡vamos! Todas estas palabras no son nada comparadas con lo que nos dirá tu madre si no llegamos a tiempo para el almuerzo.

## ACTIVIDADES